

DENISE LYNN

Cautivos del amor

Harlequin Internacional™

Prólogo

Palacio Real, año 1169

La muerte se filtró en la pequeña alcoba y, centímetro a centímetro, fue avanzando por el suelo hacia el camastro situado sobre el estrado, en el centro de la habitación. Como una columna de humo procedente de incienso quemándose, avanzó con la brisa y envolvió la habitación con una corriente de aire helado. Un aire que le produjo escalofríos a Hugh de Ryebourne, esclavo predilecto de Sidatha.

—Deja tu furia y tu odio conmigo, hijo mío. Deja que me los lleve. Deja que tu deseo de venganza muera. Perdona. Olvida.

Hugh se arrodilló junto al lecho de muerte de su señor y agarró con fuerza los papeles que les otorgaban a él y a sus compañeros de esclavitud la libertad.

—No puedo. Me quitaron demasiado.

Lo arrancaron de todo lo que conocía en su

noche de bodas, le negaron los placeres del cuerpo de su esposa, lo torturaron y le privaron de comida. Le robaron su libertad, su patrimonio, su futuro. Pisotearon con brutalidad lo que para él era vital. Su inocencia. Sus sueños.

Y todo por la mentira de una chica vanidosa.

—Hijo.

Se estremeció cuando Sidatha le posó su mano frágil y marchita sobre el corazón.

—Recuerda todo lo que has aprendido.

Sin intentar ocultar las lágrimas que se le escapaban, asintió y le tomó la mano al anciano.

—Lo haré, padre.

—Seguirás siendo bienvenido aquí cuando yo ya no esté.

Nada más lejos de la realidad. Zirtha, el hijo de la nueva esposa de Sidatha, detestaba a Hugh. Si deseaba vivir, tenía que marcharse de allí antes de que el poder del palacio cambiara de manos. Sin embargo, prefirió no angustiar a Sidatha con ese pensamiento.

—Lo sé, pero debo volver a mi casa —si no fuera por Zirtha y por otro hombre claramente despiadado, le sería fácil quedarse allí y seguir con la vida que se había acostumbrado a vivir, pero también anhelaba Inglaterra. Si quería tener un futuro, tenía que recuperar el pasado que le habían robado. Alguien le debía algo... y él quería cobrarse esas deudas.

—¿No recibiste más a cambio? ¿Todo lo que he hecho no significa nada?

Hugh miró al hombre al que una vez había odiado tremendamente. Le había sido muy difícil aprender a respetarlo y finalmente a amarlo.

—Sabéis que eso no es cierto. No hay suficiente gratitud en el mundo para agradeceros lo que habéis hecho por mí.

—¿No hay nada que pueda decir para disuadirte?

Hugh apretó los dientes contra el deseo de dejar su dolor y su orgullo de lado y negó con la cabeza.

—No.

El pecho de Sidatha se alzó y cayó con un fuerte suspiro.

—Prométele una cosa a este viejo.

—Lo que queráis.

—En esta búsqueda de tu verdad, no hagas daño a ningún inocente —la voz del hombre se quebró.

Hugh sabía que quedaba poco tiempo.

—Os lo juro, padre. Juró que me guiaré por vuestra sensatez y sabiduría.

Una sonrisa curvó los labios de Sidatha.

—Entonces márchate, tienes mi bendición.

—Mi señor, mi maestro, mi padre, deseo que vuestro viaje sea plácido —se agachó y lo besó en la frente.

Después se levantó y apresuradamente y se secó las lágrimas para salir de la alcoba. Antes de salir del palacio y dirigirse al grupo que lo esperaba, vio a Halona, esposa de Sidatha, entrar en la alcoba.

Los cuatro hombres, cada uno perdido en sus pensamientos, dejaron atrás las puertas y los muros de la civilización. Pero para Hugh, el sabor de la libertad fue agridulce.

En los duros días y noches que tenían por delante, sus compañeros y él necesitarían fuerza y sustento para completar ese largo y arduo viaje. El sustento se lo daría la tierra.

La venganza sería el estímulo de donde sacar esa fuerza.

Uno

Corte de la reina Leonor en Poitiers.
Mayo del año 1171

En los tres meses que llevaba en la corte de la reina Leonor, los hombres la habían llamado muchas cosas; las menos agradables tenían que ver con el frío y el hielo, una queja que ya había oído en muchas ocasiones.

Sin embargo ahora, cada pieza de su atuendo parecía evaporarse como la bruma de la mañana. El vestido cayó de su cuerpo dejando que el aire de la noche recorriera a su antojo su temblorosa piel. Con nada más que una ardiente mirada, él la desnudó lentamente, prenda a prenda.

Adrienna de Hallison temblaba de expectación, miedo y de un deseo tan intenso que se sentía morir. Quería más que únicamente una mirada, quería su aliento sobre el cuello, sus labios sobre los suyos. Sus pechos tensados contra el corpiño

de su vestido anhelaban una caricia, el tacto de esas manos.

Bajo las apretadas capas de lino y seda que le ocultaban el cuerpo, un hormigueo le recorría la piel. Hielo y fuego corrían por sus venas. Rezó por que un rubor no revelara el deseo que sentía, pero para su consternación, sus mejillas se tiñeron de un intenso rojo. Observó la mesa suntuosamente cargada que tenía ante ella esperando que el hacerlo ocultara su rostro encendido.

Todos los hombres eran iguales, ya habitaran un torreón fortificado o un fastuoso palacio. Habían luchado por el derecho de convertirla en una mujer cálida y todos habían fallado.

La falsa y casi aduladora atención que le dirigían no le era de ningún interés. En ocasiones, cuando no resultaba directamente tedioso, se acercaba a lo ridículo.

Si pudieran percibir sus pensamientos en ese momento, se quedarían impresionados. Ningún hombre había hecho que la sangre le fluyera de ese modo. Nunca ninguno había hecho surgir en ella ese repentino estado de deseo.

Quedarían consternados si supieran el calor que le estaba recorriendo el cuerpo sólo con mirar a ese extraño. Un extraño oscuro y peligroso vestido con el tono más intenso de azul que había visto nunca. El atuendo casi negro lo hacía destacar incluso por encima de los vanidosos tan ale-

gremente engalanados que llenaban la corte de Leonor.

Sin embargo, esos engreídos habían tenido razón porque su cuerpo, al igual que su corazón, llevaba congelado una eternidad.

Hasta ese momento.

La mirada del extraño la asedió obligándola a centrar la atención de nuevo en él. Sus ojos le quitaron la ropa y tendieron su cuerpo desnudo.

Con la respiración agitada, deseó que la acariciara. ¿Resultarían sus dedos ásperos contra su suave piel? ¿Portarían sus manos el mismo fuego que el que desprendían sus ojos?

Adrienna apartó la mirada y miró hacia los elaborados tapices que colgaban de las paredes. Fijarse en él no haría otra cosa que contradecir la reputación que con tanto cuidado se había construido.

¡No! Por muy extrema que fuera la tentación, no permitiría que ningún hombre, sobre todo uno desconocido, llegara hasta ella. Le había importado un único hombre y ese hombre la había abandonado, dejándola sola en el torreón de su padre y aún virgen.

Nunca jamás volvería a creer en las promesas ni en las mentiras de ningún hombre; empezaría a tomar sus propias decisiones y su vida y su futuro serían trazados únicamente por ella.

—Adrienna.

Alejándose de sus pensamientos, inclinó la cabeza hacia su compañera de mesa.

Elise de Fairway miró hacia el extraño.

—¿Quién crees que es? No lo había visto nunca.

Con una indiferencia fingida, Adrienna miró hacia el abarrotado salón.

—¿Quién? Esta noche hay mucha gente a la que no conocemos.

Su amiga bajó la voz hasta convertirla un susurro.

—El que te está mirando como si quisiera comerte para cenar.

Había pocas cosas que pudiera ocultarle a Elise; eran amigas desde el momento en que había llegado a la corte de la reina. Dos viudas no del todo jóvenes con poco que ofrecer y con un vínculo común: a ambas las habían llevado a la corte para encontrar un marido.

Pero no cualquier marido, sino uno que pudiera satisfacer las ambiciones de sus padres a pesar de que ése no era el objetivo que ellas perseguían.

Ante las opciones que su padre le presentó, Adrienna eligió el matrimonio. Había sido una elección sencilla. Su padre le había ofrecido encontrarle un lugar en la corte o expulsarla de su propiedad y dejar que se valiera por sí misma. Era el matrimonio o una muerte segura.

Adrienna no estaba preparada para morir, pero

tampoco lo estaba para convertirse en la pertenencia de un hombre.

—Ah, ese hombre. Con suerte esta noche encontrará a alguien más con quien hacerse el galán —observó a los que estaban sentados en la mesa de honor—. No te preocupes, Sarah lo está mirando.

La carcajada nada propia de una dama que emitió Elise llamó la atención de varios de los comensales que tenían cerca. Enmascaró sus malos modales con un golpe de tos mientras intentaba ocultar también su regocijo.

—Pobre hombre. ¿Rezamos por él?

Adrienna hizo todo lo que pudo por no imitar la reacción de su amiga.

—¿Y arruinar la diversión de Sarah?

—¿Lady Adrienna?

Sorprendida por la presencia del paje de la reina a su lado, borró de su voz ese tono divertido.

—¿Sí?

El joven la miró.

—La reina Leonor reclama vuestra presencia.

Elise preguntó:

—¿Averiguarás quién está con ella?

No fue una pregunta que necesitara demasiada meditación. Adrienna supo la respuesta antes de mirar hacia la reina y al extraño que tenía a su lado. Él inclinó la cabeza y le dirigió una mirada

de complicidad, casi íntima. ¡Por Dios! ¿Podía leerle el pensamiento? ¿Sabía que lo deseaba? En silencio, maldijo la reacción de su cuerpo, a la reina y al extraño.

El paje extendió un brazo y anunció:

—Milady, estoy aquí para acompañaros.

Se levantó y antes de marcharse del brazo del joven, miró a su amiga.

—Disculpa, Elise, volveré sin tardanza.

—No te apuestes nada con eso. Me atrevo a decir que pasarás el resto de la noche ocupada en otro sitio.

Adrienna ignoró el modo en que su corazón se aceleró repentinamente. Apretó los dientes y le lanzó a su amiga una mirada que hizo que la otra chica estallara en una carcajada.

—¿Milady? —la voz del paje denotaba impaciencia.

—Vamos.

Con la cabeza bien alta, obligó a sus piernas a moverse, aunque resultó una tarea difícil recorrer la distancia entre su mesa y el estrado de la reina, al otro lado de la sala. Le temblaban las rodillas. Apenas podía respirar. ¿Qué tenía ese hombre que la hacía reaccionar de ese modo?

¡Señor! Contemplar a ese extraño resultaba todo un placer. Cuando los trovadores componían sus relatos de héroes imponentes y poderosos, seguro que pensaban en él. ¿Alguna vez había

visto a alguien tan alto? ¿Había otro hombre allí presente que pareciera tan fuerte? La anchura de sus hombros indicaba que era alguien acostumbrado a las extenuantes tareas de la guerra. Con toda seguridad blandiría un sable como si fuera una pluma. Dudó que necesitara más de dos golpes de espada para partir a un enemigo por la mitad.

Unos ojos con piedras preciosas azules incrustadas sobre un rostro oscurecido por el sol se clavaron en ella con una mirada de complicidad. Se sintió como si no pudiera ocultarle nada a ese hombre.

Se tambaleaba mientras avanzaba bajo su hipnótica mirada. Un semblante risueño se apostó en su memoria. ¿Conocía a ese hombre? ¿Lo había visto antes? Sacudió la cabeza ligeramente. No, no fue más que un simple pensamiento al que pudo dar de lado fácilmente. El recuerdo que pendía de su mente era el de un chico y no el de ese hombre seguro de sí mismo al que ahora tenía delante.

Tras hacerle una reverencia, se quedó atónita cuando con una mano grande y encallecida, el extraño la ayudó a levantarse.

—Lady Adrienna, dejad que os presente al conde de Wynnedom.

La reina Leonor sonrió y a continuación asintió hacia el conde.

—Ha solicitado gentilmente vuestra compañía durante la cena.

Hugh, conde de Wynnedom, miró a su esposa asombrado. ¡Cómo había crecido! El cabello rubio claro que antes tenía se había oscurecido adquiriendo un tono de oro bruñido. Su delgada figura se había transformado en una exuberancia que atraía las caricias de un hombre.

Como una bella y singular flor de loto floreciendo entre rosas, sobresalía de entre la mayoría de las mujeres que había en la corte. Su esposa no se había convertido en una belleza rubia y frágil de leyenda, sino en una mujer cuya sola presencia apuntaba a fabulosas noches de pasión.

La última vez que la había visto, no había sido más que una niña. Una niña sentada sobre su cama de matrimonio vestida con sus mejores galas y jugando con una muñeca de trapo; una imagen que doce años atrás lo había divertido y confundido a la vez.

Rápidamente, la imagen de la niña se desvaneció y con la misma presteza, la ira y la sed de venganza lo invadieron. «No te dejes llevar únicamente por el orgullo y la venganza». Unas palabras que aprendió hacía mucho tiempo resonaron en sus oídos. Con gran esfuerzo, sofocó su sed... por el momento. Con el tiempo, dejaría que Adrienna experimentara el sabor del dolor, de las mentiras y del engaño.

—Lady Adrienna, ¿me acompañaréis? —la mirada que ella le dirigió le hizo querer reír. No se había equivocado: no lo reconocía. Contuvo una sonrisa. Al parecer, todo iba a resultarle demasiado fácil.

Cuando vaciló, Hugh se apresuró a decir:

—¿No tenéis esposo o amante esperando vuestro regreso?

La reina intercedió.

—No. Lady Adrienna es viuda.

Él contuvo otra sonrisa. No sólo Adrienna no lo había reconocido, sino que el rey Enrique no había informado a la reina de lo que estaba tramando. Bien. En su fuero interno, le dio las gracias al rey por su silencio.

Adrienna sacudió la cabeza ante el comentario de la reina.

—Apenas se me puede llamar viuda cuando no hubo nada a lo que se le pudiera llamar matrimonio.

¿Y quién tenía la culpa? Hugh se guardó esa pregunta y, en su lugar, le tendió el brazo.

—Ah, milady, aviváis mi curiosidad. Un suceso tan contradictorio debe ser explicado. Tal vez si me relatáis el incidente eso nos mantendrá entretenidos durante la cena.

La llevó hasta una de las mesas colocadas en pequeñas cámaras apartadas dentro del salón, que propiciaban una conversación más privada y cuya tenue luz añadía cierta intimidad.

Adrienna dudó brevemente antes de seguirlo hasta allí. No dijo nada, pero se aseguró de que las cortinas quedaban abiertas. Así, mientras comían y conversaban en las sombras, aún podrían ver la mesa de la reina directamente enfrente de ellos.

A él no le importó. Después de todo, tampoco habría intentado llevarla a su lecho durante la cena... eso podía esperar un poco más. El hombro de ella le rozó el muslo cuando le hizo tomar asiento en el banco y el breve contacto fue como una llamarada contra su piel. La espontánea imagen de Adrienna desnuda y arrodillada ante él se le pasó por la mente. Frunció el ceño. Pensar con la entrepierna no le serviría de mucho.

Después de servirle una copa de vino, intentó sonsacarla:

—Bueno, lady Adrienna, ¿qué estabais diciendo?

—No es nada entretenido, milord. Me casé cuando era muy joven y mi esposo desapareció en nuestra noche de bodas.

¿Desapareció? Qué descripción tan interesante para referirse a lo que sucedió aquella noche.

Ella alzó la copa y dio un sorbo de vino. Cuando se quitó una gota roja del labio inferior, la mirada de Hugh se clavó en la punta de su lengua. No estaba seguro de qué deseo era más fuerte, si el de haber sido él el que le quitara esa gota de vino o el de haber sido el propio vino.

Se aclaró la garganta.

—¿Qué le pasó a ese hombre?

—¿Hombre?

Su crispada carcajada no se pareció en nada a las sonrisas y risas que antes le había visto dirigirle a su amiga con tanta naturalidad.

—No era más que un chico y lo único que sé es que murió.

Esas palabras fueron como un cuchillo en el pecho. ¿Cuántas veces había deseado la muerte al principio? ¿Cuántas noches había llorado hasta quedarse dormido pensando en la muerte y en ella?

—¿Murió?

—Eso es lo que me dijeron.

Adrienna se metió una cereza en la boca y, al verla, Hugh sintió un flujo de sangre apresurándose hacia su sexo. En el palacio de Sidatha había tenido a todas las cortesanas que había querido y cuando era más joven había rechazado a muy pocas, pero hacía tiempo que había aprendido a ejercer control sobre sus instintos. Así que, ¿por qué estaba reaccionando ahora como un jovencito excitado? Cambió el rumbo que estaban tomando sus pensamientos.

—Esto debió de suceder hace mucho tiempo. ¿Por qué no os habéis vuelto a casar?

Ella frunció el ceño y sus brillantes ojos verdes se apagaron.

—Sí, desapareció hace mucho tiempo, pero a pesar de que los años pasaban y no sabía nada de él, mi buena fe no me permitió solicitar una anulación.

¡Qué noble por su parte!

—Muchas mujeres no habrían tenido la fortaleza de seguir adelante solas durante tanto tiempo.

Adrienna se encogió de hombros.

—No fue mi elección. Mi padre no quería perder las tierras que obtuvo con mi matrimonio.

«Y por eso destruyó lo que me había quitado y dejó que la tierra se pudriera y que la gente muriera».

—¿Por qué ha esperado tanto para buscaros otro esposo? ¿Qué ha cambiado para que ahora estéis aquí?

Un halo de furia atravesó el rostro de Adrienna tan rápidamente que él no pudo saber con certeza si se trató del reflejo de una emoción o simplemente de un juego de luces.

—Mi padre había solicitado otro matrimonio, pero por alguna razón que desconozco, el rey Enrique ha estado negándoselo hasta hace poco tiempo.

—Lo decís con amargura.

Ella bajó la vista hacia la mesa y un ligero rubor le tiñó las mejillas con el exquisito color de un melocotón maduro.

—Para mí vergüenza, eso es lo que siento —los ojos que levantó hacia él brillaron como la hierba cubierta de rocío bajo la luz de la luna—. Os suplico me disculpéis, milord. No deseo arruinaros la cena.

—Ha sido una observación, milady, no una acusación.

Adrienna asintió.

—Es muy galante por vuestra parte, pero no deseo incomodaros con mis problemas personales.

Hugh miró hacia el salón. Por todas partes había hombres y mujeres inmersos en conversaciones que imaginaba trataban de asuntos más personales que el que él estaba compartiendo con su esposa.

Se acercó un poco más a ella y captó el aroma a rosas y lavanda... la auténtica dama inglesa. ¿A qué olería envuelta únicamente en las puras esencias de almizcle, de mujer y de lujuria?

Se fue acercando más hasta poder sentir su calor acariciándole el rostro.

—¿No se trata de eso?

—No entiendo lo que queréis decir.

Hugh asintió hacia la mesa de honor.

—Esta corte, esta reunión, ¿no están diseñados con el único fin de que la gente se conozca con más profundidad?

—Milord, no creeréis de verdad que alguien

de los que están aquí está compartiendo una información personal que contenga un gramo de verdad.

—¿Y vos, lady Adrienna? ¿Acaso esta historia sobre un marido desaparecido no es nada más que un cuento astutamente ideado?

Ella se quedó paralizada, su cuerpo parecía el de una estatua tallada en marfil.

—¿Y qué estaría yo buscando, si se puede saber, al contaros una mentira tan atrevida?

—¿Compasión? ¿Lástima? Estoy seguro de que aquí hay muchos que agradecerían la oportunidad de consolaros.

—Muchos lo han intentado.

—¿Y cuántos lo han logrado?

Ella cerró el puño alrededor del mango del cuchillo y sus nudillos se volvieron blancos. Hugh había ido demasiado lejos y sabía que le había molestado la pregunta. Se sentó derecho sobre el banco dejando así espacio para que la ira de Adrienna fluyera. Después de todo... ¿no era eso lo que quería?

—No necesito ni pena ni compasión de nadie. Mi estado actual no es imaginario. Mi esposo desapareció en nuestra noche de bodas y durante casi doce años no he sabido qué le sucedió. Ha sido recientemente cuando alguien me ha dado la noticia de su muerte —se detuvo para dar un largo sorbo de vino—. Durante todos esos años

he estado sola. No he tenido un hogar, ni hijos, ni marido. Sólo gracias a mi padre me he salvado de marchitarme en una abadía.

Se obligó a sonreír.

—¿Es ésa información suficiente para satisfacer vuestra curiosidad, milord?

No. No era suficiente. En absoluto lo era, pero ¡que gran carácter tenía esa mujer! Le sería de mucha ayuda en los días venideros,

—Sois relativamente joven. Lo suficiente como para aún poder tener hijos. Poseéis una figura bien formada y una incalculable belleza...

—¿Una figura bien formada? ¿Una incalculable belleza? Milord, tenéis que guardaros vuestras hermosas palabras para el relato de un trovador. Las estáis desperdiciando conmigo.

Hugh la observó detenidamente y el rubor que vio en ella ante su prolongada mirada lo divirtió y asombró. ¿Cómo podía pensar que sus palabras no eran de verdad? Miró hacia las otras mujeres presentes en el salón y, tras un momento, volvió a centrar la atención en su mujer.

—Lady Adrienna, no sé cuáles serán vuestras ideas de belleza, pero las mujeres de las que hablan los trovadores existen sólo en la mente de ciertos hombres. Dejadme aseguraros que esas historias son falsas —seguro de que no lo creería, volvió a centrarse en el tema del principio—. ¿Por qué no habéis vuelto a casaros cuando pare-

ce como si ese noble fin fuera vuestro auténtico deseo?

Adrienna pinchó un pedazo de carne con la misma saña como si estuviera imaginándose la carne de alguien en el plato.

—El rey Enrique se negó a concederme ningún matrimonio hasta que no hubiera pasado un tiempo en la corte de su esposa.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Casi tres meses.

Hugh ocultó su sonrisa. La última vez que había hablado con Enrique había sido cuatro meses atrás... Parecía que su deuda con el rey estaba aumentando.

—¿Y no habéis encontrado a nadie con quien reemplazar a vuestro primer esposo?

Una vez más, la risa dura y demasiado fuerte de Adrienna se coló por su oído.

—¿Reemplazarlo? Hacéis que parezca como si deseara encontrar a alguien como Hugh.

—¿Y no es así?

—Milord, no sabría por dónde empezar a buscar. Sólo pasé parte de un día en compañía de mi marido. Si por algún milagro entrara en este salón, no lo reconocería.

Por supuesto que no lo reconocería; el chico que había sido su marido durante unas escasas horas murió mucho tiempo atrás. A Hugh le llevó un rato contener una profunda pena por el joven

que no había tenido la oportunidad de convertirse en esposo.

—¿Pero no había sido un compromiso largo?

Ella sacudió la cabeza.

—Yo no he dicho eso. Nos habían prometido en matrimonio por poderes cuando éramos niños, pero no nos conocimos hasta la mañana de nuestra boda.

Por alguna loca razón deseaba preguntarle si había encontrado algo que mereciera la pena en el chico con el que se había casado, pero rápidamente recuperó el control de su orgullo y cambió de tema.

—¿Y cuál de estos caballeros ha sido de vuestro agrado?

—Ninguno.

Él enarcó las cejas sorprendido y una lenta sonrisa fue curvando sus labios.

—Milady, seguro que hay uno que cumpliría los requisitos para ser vuestro esposo.

Adrienna suspiró profundamente.

—Estos hombres no son más que unos pomposos engreídos demasiado acicalados.

Hugh se mostró de acuerdo, pero preguntó:

—¿Y la ventaja de tener un hogar seguro, una despensa llena y sirvientes que ayudaros no es suficiente para pasar por alto ese pequeño defecto?

El sonido que emergió de sus labios no fue ni

suave ni propio de una dama, sino una respuesta sincera y brusca que para él fue como un golpe de aire fresco en esa corte de artificios y mentiras.

—¿Pequeño defecto? Un semblante lleno de orgullo no es precisamente un pequeño defecto.

—Vuestras amigas no parecen pensar lo mismo.

Tras mirar al salón, ella se encogió de hombros.

—Una noche en compañía de un engreído es mejor que pasar la noche sola, pero eso no quiere decir que todas las mujeres que están aquí deseen encadenarse a su compañero de mesa de esta noche para siempre.

«¿Encadenarse? ¿Como un esclavo a su amo?». En lugar de decirle lo que era el auténtico cautiverio, Hugh asintió como si acabara de aprender algo nuevo.

—Ah, ¿de modo que en realidad están jugando con los sentimientos de sus acompañantes?

—Eso no es lo que yo he dicho.

Él abrió los ojos con una confusión fingida.

—Entonces, ¿qué decís, lady Adrienna?

—¿Una mujer no puede disfrutar de la compañía de un hombre sin comprometerse primero de por vida? —le preguntó con los labios apretados y el ceño fruncido.

El rencor de su voz lo sorprendió. Se acercó más a ella y bajó la voz.

—¿Y por qué, milady, han de hablar con susurros entrecortados? —supo que, en parte, había logrado su objetivo cuando un temblor recorrió los hombros de Adrienna.

Pero aún no había terminado y nadie podría detenerlo. Nadie le prestaría atención a lo que le hiciera o hiciera con su compañera de mesa porque todos estaban demasiado entretenidos con sus propios asuntos.

Hugh le tomó la mano y la llevó hasta sus labios.

Ella intentó soltarse, pero él ignoró su débil intento y sostuvo la mirada antes de besarla en la palma.

Adrienna respiró entrecortadamente, pero no apartó su temblorosa mano mientras él recorría la línea que llevaba hasta su muñeca con la punta de la lengua.

Se puso tensa ante esa caricia, pero no pronunció ninguna palabra para indicarle que cesara.

Hugh le subió ligeramente la manga con su dedo pulgar y siguió a la tela con la boca. El pulso de Adrienna volvió a la vida bajo esos labios.

Se movió ligeramente y juntó su muslo al de ella, que intentó apartarse aunque su pesado vestido no se lo puso fácil.

Le soltó la mano y volvió a acercarse para respirar contra su cuello. Podía sentir su calor. Podía

oler el deseo entremezclado con el aroma de su perfume.

Los escalofríos que recorrían el cuerpo de Adrienna hicieron que sus propios deseos comenzaran a tomar forma. Lo que había empezado como una especie de contienda, como una prueba de voluntad, rápidamente se convirtió en un juego de seducción y pasión.

Escasos milímetros separaban sus labios y su piel.

—¿Y por qué, milady, deben inclinarse tanto como para tocar a sus acompañantes?

El corazón le latía con fuerza y su respiración era entrecortada.

—Están en público. No hacen nada malo —la voz le temblaba. Tragó saliva—. Ésta es una corte de caballeros y saben que aquí están a salvo.

Hugh apoyó una mano sobre su muslo y notó cómo temblaba, pero sabía que estaba atrapada por su propia ropa y que eso le impediría escapar de él sin llamar la atención.

—Y vos, lady Adrienna, ¿os sentís a salvo?

Temblando visiblemente, ella se echó hacia atrás. Parecía como si su rostro se hubiera quedado sin sangre, estaba muy pálida.

—¿Por qué hacéis esto, milord?

Hugh sonrió. Había llegado el momento de acabar con esa farsa. Alzó la mano y con un dedo le recorrió la cara. Cuando ella intentó apartarse

más, la sujetó por la nuca y la llevó hacia sí. Esa vez no se escaparía. Tanto si le gustaba como si no, le pertenecía.

Ella lo miró con los ojos abiertos de par en par y los labios separados. ¡Señor! ¡Cómo deseaba tomar esos labios, tenderla allí mismo en el suelo y devorarla centímetro a centímetro!

Con un estudiado control, Hugh le puso freno a su salvaje deseo. La ansiaba y la tendría, pero no por la fuerza y no atemorizándola. Quería que se rindiera a él completamente y si pretendía que todo marchara según el plan que había trazado, no podía asustarla.

La soltó, le acarició la nuca y le sonrió.

—Porque eres mi esposa y esto es algo que he deseado hacer durante doce años.

Dos

Esposa.

Adrienna se quedó sin respiración. Su sangre ardiente y cargada de pasión se quedó helada a su paso por las venas. Todo el mundo que había en el salón parecía haberse esfumado y el sol y la luna dejaron de surcar los cielos.

Esposa.

Cerró los ojos para protegerse de la oleada de recuerdos que la invadían. Recuerdos y sentimientos que ya habían muerto y que llevaban mucho tiempo enterrados. Millares de preguntas la asaltaron, preguntas a las que no quería respuesta.

¿Se habría equivocado el informador de su padre? ¿Era un impostor? ¿O era verdaderamente su esposo muerto? El hombre que tenía tan cerca desbordaba vida, el calor emanaba de su cuerpo, el fuego creado por el roce de su mano sobre su muslo jamás podría haber salido de un cadáver.

Lo miró a los ojos, pero no detectó nada tras esas profundidades color zafiro. Ni rabia, ni regocijo, ni la más mínima muestra de emoción.

Y eso la asustó.

Ese hombre que decía ser Hugh no guardaba parecido con el torpe y larguirucho chico con el que se había casado. Ese hombre era fuerte como un roble, invencible ante una tormenta. Se fijó en los bien formados músculos de sus brazos y recordó el modo tan ágil con que se había movido. Esa evidente gracilidad le hizo pensar que habría nacido ya con ese cuerpo.

Su forma tan ingeniosa de hablar y esa sutileza con que la había seducido negaban el hecho de que pudiera ser Hugh. La imagen de un desgarbado chico derramando vino sobre su vestido de novia le pasó por la mente.

El hombre que tenía a su lado levantó una copa, dio un sorbo de vino tinto y le ofreció la copa.

—Esta vez no te lo derramaré sobre el vestido.

Adrienna contuvo un grito. Hugh no sólo se había convertido en ese guerrero que tenía sentado a su lado, sino que además había aprendido a leerle el pensamiento.

Segura de que el vino le daría cierta calma en ese momento repentinamente turbulento, aceptó la copa y se terminó su contenido antes de volver a dejarla sobre la mesa y decir:

—Hugh está muerto.

Él se rió. Fue un sonido suave y satinado que le erizó el vello.

—Te han informado muy mal —y tras rodearle con fuerza la nuca otra vez, la llevó hacia sí y añadió—: Yo no me siento como si estuviera muerto.

Ella perdió la capacidad de razonar al sentir su ardiente aliento contra su mejilla.

—¿Qué pensáis? —le acarició la barbilla antes de susurrarle contra la boca—: ¿Os parece ésta la caricia de un hombre muerto?

Adrienna apartó la cara. Mientras su cabeza le suplicaba que se alejara de él, su cuerpo se acercaba más.

Despacio y con delicadeza, Hugh le recorrió el labio inferior con la lengua mientras deslizaba hacia arriba la mano que tenía sobre su muslo. Ella pudo sentir el calor de su caricia a través de su armado vestido. Respiraba entrecortadamente, buscaba aire para llenar sus pulmones resentidos y el ansia por separar las piernas, por dejarle acariciarla de un modo más íntimo, casi venció a su mente, que seguía intentando rebelarse.

—Adrienna, puedo sentir tu deseo. Me deseas tanto como yo a ti.

Se puso rígida; ese comentario rompió el hechizo que él había tejido tan hábilmente y alarmada ante la sensación que despertó su caricia y

furiosa por la seguridad que tenía en sí mismo, lo abofeteó antes de que la razón tomara las riendas de sus actos.

Un silencio descendió sobre la mesa de honor y todos los ojos se volvieron hacia ellos. Lo que acababa de hacer la llenó de vergüenza; la marca de su palma en la cara de Hugh la horrorizó y la hizo sonrojarse.

Hugh la soltó.

—No, definitivamente no estoy muerto.

Se volvió hacia todos los que los estaban mirando, alzó su copa vacía y dijo:

—Diría que a la dama no le gustan mis cumplidos demasiado atrevidos —señaló hacia ella—. Me disculpo por mi ordinario comportamiento.

Un parloteo tenso y nervioso brotó de entre varios de los invitados mientras que otros parecieron decepcionados por el hecho de que su entretenimiento hubiera durado tan poco. Pronto, todos volvieron a lo que estaban haciendo antes de que se les hubiera interrumpido de ese modo tan grosero.

—¿Milady? —uno de los sirvientes de la reina apareció bajo el arco de entrada—. ¿Hay algo que pueda hacer por vos?

Hugh empujó la pierna contra la de Adrienna , que contuvo un grito de socorro. Era difícil que el chico pudiera apartar al hombre que tenía a su lado y no quería llamar la atención más de lo que ya lo había hecho.

Tomó aire.

—No, gracias. Todo está bien.

Cuando el sirviente se marchó, se volvió hacia su acompañante... hacia su esposo, que había fallecido tanto tiempo atrás.

—¿Dónde demonios has estado? ¿Por qué te marchaste? ¿En qué estabas pensando?

Él frenó ese flujo de preguntas poniéndole un dedo en la boca.

—Las damas no pronuncian palabras malsonantes, Adrienna. Pensaba que serías consciente de ello.

Ella era consciente de muchas cosas, sobre todo del calor de su dedo contra sus sensibles labios. Como también era consciente del palpitar que no cesaba más abajo, en su vientre. Ese hombre era peligroso, la encendía con sólo una mirada y le preocupó que él ya supiera todo eso.

—No me hables de lo que debo o no debo decir.

Cuando intentó apartarse de él, Hugh le agarró la barbilla entre los dedos.

—Te hablaré de lo que me plazca, esposa.

El miedo pasó a ocupar el lugar del deseo.

—No me llames así.

Se la quedó mirando un instante con aire pensativo y, tras echar un vistazo hacia el salón, volvió a centrar la atención en ella.

—Tenemos que hablar.

—Sí.